

Noticia de la frontera

Aforismos



Fotografía de portada: Enrique Trejo Moreno

Leobardo Sarabia

Noticia de la frontera / Siglo de migraciones

Leobardo Sarabia

Noticia de la frontera / Siglo de migraciones,

© Leobardo Sarabia

Primera edición 2025

ISBN en trámite

Fotografía de portada: Enrique Trejo Moreno

Fotografía de contraportada: Issa Jensen

Edición, formación y diseño editorial: José Ramón Ponce/Strategia 40

Impreso y Hecho en México.

Impreso en ILCSA, Calzada Tecnológico 909, Otay Universidad,

CP 22427. Tijuana, Baja California.

Permitida su reproducción por cualquier medio mecánico o electrónico con

Noticia de la frontera / Siglo de migraciones

Leobardo Sarabia

Al Oeste de Colorado River / hay un lugar que amo.

Pablo Neruda

*La frontera es una línea que las aves no pueden ver [...] La
frontera dice alto al viento, pero el viento habla otro lenguaje, y
mantiene su marcha*

Alberto Ríos, “La frontera: un soneto doble”

Noticia de la frontera

He aquí la única frontera donde también migran los incendios.

Frontera. No vive de mitos, pero no los elude: se alimenta de ellos, los vomita.

La frontera es un escenario donde la nación se desplaza, con los rituales de la miseria y el soundtrack de la desesperanza.

Para los anarquistas, la frontera era un fetiche deleznable; ahora es trinchera de los despiadados.

En las ciudades de frontera, la miseria se vuelve un amuleto turístico.

En la frontera, los emblemas fósiles de la cultura pop, son una recompensa a la nostalgia.

La frontera se alimenta con los sueños acelerados de alteridad.

Parque de diversión de los marginales, de los fugitivos, de los que buscan una realidad iluminada, exasperada, alterna.

Un acto terrorista inaugura el siglo XXI y la frontera se cierra como una planta caníbal.

No hay un viajero extremo sin haber vivido un cruce de fronteras.

Cruzar la frontera es negarla, vencerla, olvidarla, escupirla.

Durante el día, la frontera es una línea ceniza, inexpresiva, un aura electrizada y vigilante.

La frontera es un haz de relatos frenéticos alrededor de un fetiche geográfico.

¿Es desleal explicarnos a la frontera por medio de la calumnia?

La frontera es una plazoleta con mariachis, un viacrucis carnavalesco rumbo a la crucifixión, la tierra quemada del Mad Max, una pasarela egotista que encripta mensajes y los envía al mundo.

Tras días de camino en tren, bajo calores y el tedio, el viajante adivina las ciudades de la frontera.

La frontera es un muro pagano tachonado de invocaciones laicas.

Tierra de nadie, cruce de caminos, eterno territorio de invención, reino del escape.

La frontera es un montaje vertiginoso que busca el asombro del forastero.

La frontera, una zona cruel, fotogénica, barrida por un viento cenizo de crímenes y agravios.

A las puertas de la frontera he dejado un caballo de Troya.

La línea de la frontera es zona de impunidad, tierra de nadie, con un ambiente electrizado de tensiones, incidentes y ofensas no resueltas.

Aquí se calcifican los estragos de la marea. Serpea un horizonte de mallas electrificadas. El abrazo ríspido, eléctrico de las naciones.

A donde voltees, verás las cicatrices. La encrucijada, la Ley Seca, la obediencia al desastre, la asfixia por agua, los incendios calculados y el viento de Santana. La sentencia anarquista de los primeros días sigue vigente: ni dios, ni amo.

Separadas por una línea de sombra, las ciudades se niegan en la frontera; hartas de espejismo y simulacro. Una terca, rota simetría las une, en la devoción y en el espanto.

El pasaporte es salvoconducto, carné de identidad, tatuaje Doppelgänger, herraje en la frente.

La frontera nos cierra el paso, tendremos que acostumbrarnos a la espera, lo que nos queda de vida.

Para los escritores, la frontera es un pretexto para verse en el espejo, y crear alucinaciones seriales.

El cine inventa una frontera, para sus sueños acelerados de alteridad, y recicla miles de historias no contadas.

De la venganza preventiva al concepto nazi de la Homeland, y un horizonte de camisas pardas, sólo un paso.

Es la zona de acomodo entre México y Estados Unidos, a la que unen acuerdos pragmáticos y una patética pasión por el desencuentro.

La frontera es el límite, el muro que no cruzaremos, al valladar con espinas, la piedra de toque, el monumento al fracaso de los pueblos.

La frontera es la estación final para pasajeros que no tienen boleto, de donde no sale nunca el tren, mientras los oficiales hacen gestos para encubrir la estrategia del aplazamiento.

A la frontera la sigue su leyenda negra como un perrito faldero; esta fábula turbia relata bacanales, trasiego de contrabandistas, cartas marcadas, la sádica historia de la nota roja.

La frontera es la oportunidad del cambio radical: después de cruzar esa valla, esa garita, que el oficial de migración selle el carnet, el destino será otro, todo tendrá una nueva luz y la posibilidad de un mundo distinto.

Para atenuar la lejanía, se sobreactúa el nacionalismo, bajo el palio de las fiestas septembrinas.

El muro fronterizo es un altar de cruces, testimonio de aquellos que murieron a la mitad del camino.

La frontera es distinta y traicioneramente la misma. Un espacio para la evasión, el misterio y el cumplimiento de sentencias aplazadas.

Al cruzar la frontera será otra la vida. Atrás dejo las garitas, al hombre de placa y con fusil y el tiempo petrificado de la espera.

En el aire de frontera, el lenguaje es una embestida; una mezcla de dialectos. Una tempestad de signos y sílabas extrañas.

El folclore de la frontera exige impostores, dramas de larga duración, fetichismos, psicosis recurrentes.

La frontera acumula una historia tóxica de agravios, incidentes y caídas.

La frontera ha renunciado a su condición de límite: no detiene las aves migratorias, a los hombres que vienen del sur, ni al viento de Santana.

Un horizonte de mallas trenzadas muestran al sol su esplendor metálico.

En el delta del Noroeste, se aquieta la muchedumbre, el miedo es una enredadera, y los migrantes se entrelazan, caminan, llegan en pausas, se estrellan contra el muro de la frontera, con una letanía interminable de la derrota.

La frontera, con su circo ambulante acostumbrado, sus contradicciones y perfiles sombríos, es una metáfora.

La línea fronteriza es el límite geográfico donde se agolpan los que escapan de la miseria, el desempleo o la persecución caciquil tras el espejismo del Primer Mundo.

En la frontera el turismo coloniza, coarta, crea una mentalidad de servidores.

En la frontera prevalece un ambiente de tianguis, campamento y transitoriedad.

El cine con sus excesos anticipa la respiración urbana de las ciudades de frontera.

La frontera no es lineal ni predecible, sino un campo minado de significados.

Tener el pasaporte, se integra a la mitología del fronterizo, en la dimensión incorpórea de los sueños colectivos.

La frontera es un magneto, una brújula rota, un cauce donde se fuga la nación mexicana.

La frontera orbita como una luna vigilante y se extiende con señas innumerables: ordena, envenena, dictamina, le da su respiración agitada, selecciona sus urgencias e impone una atmósfera de apremio y sentencias con plazo.

La frontera es encrucijada, malla horadada, muro que se levanta a medianoche.

En la frontera, las ciudades espejean y fundan villas localizables en el fuelle del desprecio y el extrañamiento.

Es una zona exasperada de confluencia de caminos, donde los destinos se hacen y rehacen en la colisión de rutas vitales.

La frontera y su puñado de ciudades, que simulan ser estaciones de paso.

Camino rumbo a la zona violenta del oeste, alumbrada por la espléndida luz del Pacífico.

Un viento de óxido barre a la frontera cuando se encuentra con el mar.

Un tiempo de identidades múltiples: herida histórica, cicatriz que no cierra, lugar de tránsito o destino para los que no caben en el país.

A las ciudades fronterizas se les reconoce en unos cuantos trazos, en una atmósfera de contraste y claroscuro. De día, los fuegos fatuos del turismo, la calculada algarabía, su impronta multicolor. De noche, los saldos de la resaca, del viento volandero en la esquina, la deserción colectiva bajo el neón.

Su historia es el acomodo, la colonización. Es un territorio donde conviven la modernidad con los rezagos premodernos. Tierra de cambios y experimentación.

No quise olvidar las señas, el habla de mi clan ni las marcas originarias de la violencia.

El grafitti serpentea en los muros. Anuncia odio, deserción, lujuria, muerte.

A la frontera la define un espacio común, convergencia de destinos, donde se agravan las asimetrías; un enclave movedizo, nunca petrificado, de oportunidades y desafíos.

La frontera es una vidriera de boulevard, donde se puede ver el influjo de la americanización “en vivo”.

La frontera encuentra simetrías con la veleidad cromática del kitsch.

La xenofobia estadounidense es una hidra y sus múltiples cabezas escupen fuego.

Las ciudades de la frontera dejan de ser estaciones de paso y se convierten en montajes museográficos de la miseria.

En el horizonte hay tres deidades despóticas: impunidad, desigualdad y desarraigo.

El desprecio recorre la columna vertebral del prejuicio estadounidense.

La violencia pronto desplaza la coartada neocolonial del turismo y su periferia de sometimientos.

Las ciudades se muestran como una gigantesca instalación de arte público.

La cultura intenta dar un rostro a las ciudades, a la medida de los sueños de sus artistas.

Pronto se desvanecen como siluetas en la niebla: las ciudades de la maquila.

En las puertas del imperio: bilingüismo, alteridad e incertidumbre.

En la frontera, el nacionalismo no pasa de ser una alucinación septembrina o un tosco mecanismo de afirmación tribal.

La frontera no se petrifica, pervive insolente en su juego sucesivo de identidades.

En un horizonte de mercenarios, la dignidad se vuelve una leyenda instantánea.

La contracultura en la frontera se afirma con una estética a la defensiva y un puñado de provocaciones estériles.

Filantropía y días de limosna fotografiada: la multitud besa la mano que empuña el fute.

Los migrantes en poco tiempo se asimilan al folclore en expansión de la frontera.

En un paisaje de necesidades y urgencias pervive la contracultura con una intensidad electrizante.

Amarás al desierto cuando te alcance y se extienda dentro de ti.

Los muros de la frontera son de fierro viejo. La brisa marina con sus dentelladas de óxido los carcome.

La frontera es una realidad dominante, que gobierna, determina, le insufla vida al caos dominante de la ciudad y lo hace legible.

En las galeras de la maquila, el agobio del trabajo, un tiempo de capataces; el reflejo biselado de la lucha de clases y la flor caníbal de la plusvalía.

Las veleidades del kitsch nos revelan una estrategia de simulacro y una identidad en continua transición.

En la frontera hay un proyecto siempre inacabado de ciudades.

Antes de las redes sociales, la contracultura entró sin pasaporte por una garita de frontera.

La contracultura juvenil de los setenta echó una simiente antiautoritaria que todavía nos emociona.

Casi todas las ciudades de frontera le dan la espalda al mar.

En los filmes sobre México y la frontera, se desprende el sentir idiosincrático del americano promedio y su invicta tradición de menosprecio étnico.

La impronta binacional siembra de vivencias, signos y emblemas la vida cotidiana del fronterizo.

La leyenda negra de la frontera tiene su origen y tierra firme en las mitologías de las *sin cities*.

Hay un uso discrecional de la frontera, como un vasto artefacto de entrada, tránsito y salida de personas. Se trata de un instrumento político.

Una diada enamorada de sus contradicciones: turismo y cultura urbana.

Un reino de contrastes, de extrañezas, de esperanzas fallidas, y una zona móvil de atracciones culturales.

En la contracultura fronteriza, hay un arsenal de lenguaje paralelo, y una estrategia defensiva y articuladora de la realidad.

Siglo de migraciones

Para los migrantes el relato de la travesía es la historia fundacional.

Las migraciones fundan rutas arteriales, cuyo destino es el norte: en el sentido literal y metafórico.

Ante la negación, el spanglish y sus vocales de resistencia, se alzan con un resplandor rebelde.

En la narrativa del mundo bipolar, la migración aporta un ingrediente multicultural.

Ante el lenguaje dominante, los migrantes inventan el habla de la diáspora.

Blindaje y mística sonámbula del viajero, al emprender el camino.

El linchamiento es la coronación tribal y nocturna de la xenofobia.

Al llegar a las ciudades forasteras ya no somos aquellos, somos otros.

Una sosegada música del destierro acompaña el viaje por tierras desoladas.

En el largo trayecto cruzamos ciudades como atravesar un espejismo.

La migración es más que un cuadro estadístico o un frío diagrama de vectores: es un paisaje de rostros, sonrisas tristes, sueños vivos, palabras en el aire.

Desde el día que salimos, la memoria nos aturde con sepias postales vengativas.

En cada familia hay registro notarial del primer migrante.

Se van de casa, los de voluntad tenaz, lo que se juegan el destino, los adelantados.

Nadie quiso comprar mi alma aquella noche en la encrucijada.

Acudo para intoxicarme de mar: antes de mi viaje a tierra adentro.

Al pasar el tiempo, el recuerdo de los orígenes nunca es paisaje olvidado o tierra quemada.

En la mirada del trashumante está la noche, túmulos de arcilla colorada, tumbas a ras del suelo.

La migración se articula como un relato simultáneo de sucesivas diásporas.

Al margen de los temores, la migración abre una puerta de ingreso a la modernidad.

La migración no puede esquivar el espejo tóxico de la xenofobia.

Arraigo contra desarraigo: simetrías opuestas de los migrantes en las nuevas ciudades.

El disimulo, el soslayo, la taimada mirada lateral, son gestos del forastero.

El Síndrome de Ulises es alerta roja, la brújula rota del que viaja.

Una joya humanista de militante signo cristiano: la compasión.

Siempre estamos en la ruta, en la jornada móvil, somos los devoradores de caminos.

En las calles, el spanglish es un idioma de trabajo, de fiesta, de enamoramiento y voluntad insurgente.

El spanglish, sin decirlo, abraza con fervor ambas naciones

En el otro cielo protector, ideogramas de neón de una nueva cultura.

No dejamos a nuestro país, nos acompaña con canciones, memorias y cicatrices en el costado.

Al viajante, el espejo retrovisor le muestra una vida que se escapa.

En el parador de las nostalgias, la memoria es una puñalada trapera.

Apenas a la mitad del camino y ya extrañas la tierra húmeda, el acecho del ciclón, la sonrisa de los padres.

Anotas en tu libreta los pormenores del viaje. Esa será la bitácora del migrante.

La migración en sus lugares de arribo proclama un exhorto a la tolerancia, al diálogo, a la pluralidad. Un puente con lo distinto.

El pasado se convierte en una ficción que se olvida lentamente.

En la heredad de los mayores hallé recuerdos enterrados; eran mensajes al futuro.

La memoria de lo perdido es el continente donde arraigo.

Al concluir el largo camino es la hora de atender las cicatrices.

Aquellos días de camino fueron una escritura en el polvo.

En el camposanto dejé una talla en la madera. Palabras de adiós
para mis muertos.

En la mirada del trashumante hay un derrumbe del paisaje y la
invención de ciudades.

Te persigue la sentencia de la madre: ¡a dónde vas que más val-
gas!

Un posible destino se me niega en las encrucijadas.

Los preparativos del viaje suelen ser los rituales del adiós.

La memoria. Un abanico de recuerdos que fulgen o desapare-
cen. Un puño de tierra.

El trashumante se vuelve un oficiante de la soledad, un conocedor de la intemperie.

Dejo un hueco de ausencia. Para ocupar un trozo de tierra.

Para emprender el camino siempre espero señales nocturnas.

Para llegar al destino acariciado tuve que caminar por una angosta pasarela de cuchillos.

Justo al abandonar el pueblo, la banda municipal tocaba una melodía funeraria.

Los espejismos se vuelven señas, indicios, estaciones del camino.

En tierra al caer la noche: tristeza, mal fario y desesperanza; y
en el cielo, la espléndida Selene, Sirius y el Cazador de Orion.

Ante la garita de frontera, quedé petrificado esperando la Anun-
ciación.

Nos sentimos solos, vulnerables en aquellos días de la diáspora.

Antes éramos unos cuantos, yo, la tribu y mi familia; ahora so-
mos una nación que se desplaza.

Al final de mi viaje ya no soy aquel: soy otro.

Jugué mi corazón al azar y me lo ganó el destierro.

Al llegar, tuve las condecoraciones que me dieron la lluvia, la tierra, la intemperie.

Dura la jornada, la vastedad del camino. Nos resucita el agua en los labios, una sonrisa, la voluntad de continuar en la ruta polvorienta.

La meta es la alambrada presentida, la frontera, el delta de las migraciones.

No hay mayor brújula que el deseo de prevalecer, y asumir el destino al que se tiene derecho.

No hay tierra baldía de las identidades. Se carga con la patria portátil, a donde vayas.

La apuesta era sobrevivir, en el perímetro hostil de las ciudades forasteras.

Estamos condenados a una evocación sentimental de la nacionalidad, hecha con retazos, canciones y un sentido fetichista de la historia.

Hay que reinventarse, sin dejar atrás las señas de identidad.

Las caravanas de migrantes irrumpen en este siglo con una cualidad masiva y dramática.

Los caminos conducen hacia el norte, por álgebra de la geopolítica y el imán de los centros del poder económico.

La migración es la gran historia humana: comedia, melodrama, tragedia.

Elijo la manera en que desaparezco para volverme otro.

Dejamos en el pasado aquel día, vago y terroso, iluminado por nuestra decisión de irnos.

Una huella dactilar de nuestra cultura latinoamericana. Pueblos que se transforman en el camino migratorio.

Los migrantes cruzan planicies, ciudades y fronteras con su identidad a cuestas: fábulas, ídolos de cine, fechas legendarias, héroes, trozos de telenovela, canciones, bailes, refranes y los nombres de los mayores.

Llegan de todas partes, con una gestualidad de fugitivos; pernoctan, murmuran, se aquietan, lánguidos y vulnerables; tratan de cruzar la línea, se dispersan en la memoria de sus gestos derrotados.

Antes era un recluso, hoy solo conozco el exacto esplendor de la intemperie.

El recién llegado lleva un estigma, un halo de perseguido, un atributo ondulante de blanco móvil, que lo enjaula en una gestualidad culpable.

Nuestros países son una activa cartografía de rutas migrantes.

Llegan los migrantes a nuestras calles, y los antes amables vecinos, afilan cuchillos en la piedra.

En el nuevo horizonte, los migrantes apuestan por la inmersión en las sociedades que los reciben, sin perder sus claves de identidad.

Los recién llegados saben que un día dominarán las nuevas ciudades.

En días de exilio, el forastero sueña con volver a casa. En el camino lo laceran las noticias de la caída.

El único patrimonio del migrante es el mismo viaje

De la naturaleza mal recuerdo: el brusco torrente, la barranca y las espinas, las estrellas nítidas en la noche y la irritante clorofila.

En torno de la fogata, las palabras de los viejos, son el llamado de la tribu.

La luz en el desierto es nítida, vertical y despiadada.

En los momentos álgidos de peligro auxilia la solidaridad entre parientes.

La diada inevitable: la migración como espectáculo móvil o historiografía profunda.

En las familias de los migrantes persiste el melodrama como un fetiche identitario.

El migrante sabe reconocer la atmósfera astringente del racismo institucional.

La devoción memorialista del mexicano que se desarraiga e inserta sus vivencias en otro contexto.

El migrante conserva una visión sentimental y fetichista de la mexicanidad, animada por el legado oral, el semianalfabetismo y la precariedad laboral.

El monótono lenguaje de la autoridad ante la migración es represivo: el apaleo, el castigo, el encierro, la persecución.

El arribo de los migrantes es precedido por un activo imaginario que postula profecías.

La xenofobia suele ser segunda piel del ciudadano promedio.

La trama solidaria de los parientes es la primera red de resistencia para el que llega.

Los migrantes ancianos son los últimos en desconectarse del pasado, tumultuoso en imágenes, de la tierra del origen.

La gesta migratoria se extiende durante décadas y cambia la fisonomía del México profundo.

Las ciudades de paso exigen un reparto esencial: migrantes en tránsito, turismo barato, zonas de tolerancia y una sociedad en permanente construcción.

La convicción plena del migrante: andar el camino, imaginar el futuro y definir su destino.

La bitácora de migrantes y forasteros alumbra claroscuros de la condición humana.

La ciudad se edifica con oleadas de la migración, que se asientan en los taludes de las colonias, se dispersan y fundan una ciudad a su medida.

Extrañeza, peligro, indiferencia: los atributos de la ciudad desconocida.

No esperen por los bárbaros; llegaron hace tiempo. Somos nosotros.

No hay mejor brújula que el deseo de prevalecer, de llegar, de asumir el destino al que se tiene derecho.

Ir hacia el norte, la consigna del migrante, ante el hambre, la desesperación y los caminos cerrados.

El migrante huye del estancamiento, del atraso aldeano, de la persecución caciquil, de la falta de oportunidades y empleos, de la miseria que estrangula cualquier ansia de progreso o elección vocacional.

La literatura registra e ilumina esa saga migratoria, la vuelve un proceso legible en su complejidad y dramáticos claroscuros, con sus matices y personajes entrañables.

El lenguaje de los migrantes les sirve como instrumento, contraseña de identidad y comunión. Afirmación ante lo propio y lo ajeno. Seguridad en el mar picado de nuevos signos y desconocidas palabras.

Una frase rulfiana define con sequedad el inicio de la aventura migratoria: “Me voy lejos, padre; por eso vengo a darle el aviso”.

Noticia de la frontera/ Siglo de migraciones, de Leobardo Sarabia se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2025 en los talleres de ILCSA, Calzada Tecnológico 909, Otay Universidad, CP 22427. Tijuana, Baja California. El tiraje consta de 300 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Leobardo Sarabia y Pablo Domenech. En su composición se utilizó la tipografía Minion, 12 puntos.



Fotografía: Issa Jensen

Esta publicación *Noticia de la frontera / Siglo de migraciones* agrupa un conjunto de aforismos. Dos cosas. El tema y los aforismos. Habitante de la frontera me ha tocado ser testigo de sus vuelcos, sus procesos sigilosos, sus representaciones y veleidad, ante mis ojos. Aquí transmito una serie de apuntes, casi performáticos de la vida cotidiana en este límite nacional. La migración, por su parte me ha atraído como una puesta en escena de miles de destinos, un proceso visible que nos atañe a todos, con una carga dramática innegable, que revela más de lo que creemos de quienes somos y a dónde vamos. Los aforismos, por su parte, son una escritura inesperada. Líneas que aspiran a la síntesis, a la revelación. Sentencias, máximas, meditaciones. Textos breves, con un registro directo, despojado de énfasis, con una deriva impredecible. Estos dos centenares de aforismos (al igual que un libro previo *Aforismos de la epidemia*), forman parte de un proyecto mayor, al que he llamado “En busca del aforismo haikú”.

Leobardo Sarabia. Escritor, editor y promotor cultural. Fue director de las revistas *Esquina baja*, *Escenarios* y *Tijuana Metro* y coordinador del suplemento *Contraseña*, del *Diario 29*. Ha sido funcionario cultural, profesor universitario, promotor de lectura, editor *free lance* y Agregado Cultural de México al norte de California. Sus libros más recientes son: *Monsiváis en la frontera norte*, *Viaje a la ciudad en cuarentena* y *Aforismos de la epidemia*. Es editor responsable en Imprekor, Servicios editoriales y director del Festival Tijuana Interzona.